

se sentían en su fuero íntimo responsables de los crímenes cometidos por la reacción.

Algunos quisieron echarse fuera de los coches y otros pretendían que las diligencias retrocedieran y se alejaran al galope de las mulas.

Pero todo hubiera sido inútil, y el peligro ineludible, formidable, avanzaba rápidamente.

De la gran polvareda se vió desperdarse otra pequeña que cruzó el pueblo: al momento se pudieron percibir entre el polvo las blusas rojas y el brillo centellante de las lanzas.

Eran los guerrilleros de Carabajal, que, precipitándose sobre de los coches, marcándoles el alto, los rodearon e hicieron bajar a los pasajeros.

En vano éstos quisieron ocultar su rango y su nombre; pues el oficial que mandaba aquella avanzada, parecía bien informado de quiénes eran sus prisioneros. Mandó que se registrara a éstos, y que sólo se ocuparan los papeles que traían, respetándose el dinero y objetos de volar que tuvieran. Concluída aquella operación, los hizo volver a ocupar los coches, ordenando que éstos, custodiados por la fuerza, marcharan a Río Frío.

Allí estaba ya el general Antonio Carabajal con su magnífica caballería, que tanto había fatigado a las tropas de la reacción, derrotándolas frecuentemente, y teniéndolas siempre desveladas con sus sorpresas y rápidas marchas.

Carabajal era el terror de los conservadores, más que por sus hechos, por el renombre que le había dado la Prensa clerical con sus calumnias, pintándolo como un bandido sin ley y sin conciencia, que asesinaba, no sólo a los vencidos, sino a los curas y españoles que caían en sus manos.

Mas nada de aquello era cierto. Carabajal sólo era un guerrillero rudo que había comprendido que en aquella guerra sin cuartel, que hacía el partido conservador a los republicanos, las represalias eran no sólo un derecho, sino un deber.

Carabajal, en efecto, acababa de apoderarse de hombres prominentes de la reacción, y, sin embargo, respetó su vida y no permitió a sus soldados que los robaran ni insultaran.

Después de dar a sus tropas algunas horas de descanso, luego que tomaron su rancho, Carabajal mandó pegar nuevos tiros a las diligencias, hizo subir a los prisioneros, y colocando los carruajes en medio de la fuerza, salió de Río Frío tomando el rumbo del Norte.

VI

Al oscurecer, llegó a Río Frío la brigada de Prieto, un general de la reacción, destacado sobre Carabajal, al que perseguía, manteniéndose siempre a algunas leguas de distancia.

Tan luego que supo el general Prieto que Carabajal había aprehendido a los comisionados del Gobierno establecido en la capital, lo comunicó a éste por violento correo extraordinario.

La noticia se extendió rápidamente por todos los círculos políticos de México, y las familias de los presos, llenas de angustia, se lanzaron al Palacio suplicando y urgiendo a Robles Pezuela, para que hiciera cuanto esfuerzo fuera posible para salvar a los prisioneros.

Entonces se forjaron los planes más insensatos, siendo uno de ellos desprender un gran número de fuerzas sobre Carabajal para rodearlo y arrancarle su presa.

Pero el general Robles comprendió que así comprometía la vida de sus amigos, y optó por un medio más conciliador, y que debía darle éxito seguro.

Robles Pezuela había sido generoso con los presos republicanos, dándoles libertad, y se dirigió a ellos para que con su influencia alcanzaran de Carabajal, siquiera que no fusilara a los comisionados, sino que los remitiera a Veracruz, donde residía el Gobierno constitucional del señor Juárez.

Personalmente se dirigió el general conservador a los que formaban el Directorio republicano, y éste ofreció que enviaría una comisión a Carabajal, que velara por la vida de los presos.

Fueron esos comisionados el anciano general Junguito, Carlos Toledano, que era amigo íntimo de Alatríste, el gobernador constitucional de Puebla, y el doctor H. Frías y Soto, que acababa de recibir su título profesional de médico, pero que, ligado con el partido liberal, quiso prestar a éste el servicio que le pedía.

VII

Eran las cuatro de la mañana cuando los tres comisionados liberales llegaron a la casa de diligencias, situada en el Callejón de Dolores, hoy calle de la Independencia. Pero encontraron que el carruaje estaba ya enteramente ocupado por personas que desde la víspera habían tomado sus asientos para Puebla.

Iban ya a retirarse, cuando se acercó a ellos un hombre envuelto en un riquísimo poncho de seda y cubierto con un sombrero lleno de bordados de oro.

Bajo el ala de aquel sombrero se entreveía un rostro flaco, alargado, blanco, con una palidez de cadáver, y en el cual brillaban con luces de ojo de animal felino, dos ojos verdes de una movilidad fatigante.

Era Juan Lagarde, el célebre jefe de policía de los Gobiernos reaccionarios, el que tan cruel y tenazmente persiguió a los liberales de México, espiándolos, aprehendiéndolos.

los, poniéndoles grillos como a Ignacio Ramírez y a Manuel Alas, y cateando sus domicilios, sin respetar el pudor de las familias ni la inviolabilidad del hogar.

Acercóse Lagarde a los comisionados, y al saber que no podían marchar por falta de asientos, arbitrariamente hizo bajar a tres pasajeros. Los comisionados subieron al carruaje y éste partió con rapidez, cruzando las calles céntricas de la ciudad hasta salir por la garita de San Lázaro.

Antes del mediodía llegó la diligencia a Río Frío, donde permanecía aún con su brigada el general reaccionario Prieto. A éste se dirigieron los comisionados para informarse del lugar donde podían encontrar a Carabajal.

Y a la vez le comunicaron la comisión que traían y los documentos de que eran portadores, tanto del general Robles, que les había mandado un salvoconducto, como del Directorio republicano.

Prieto les comunicó que Carabajal se encontraba en Huamantla, unido con la división de Alatraste.

Entonces resolvieron los comisionados marchar hasta Puebla, para dirigirse de allí, al siguiente día, a Huamantla; y uno de ellos casi arrancó al jefe reaccionario la promesa de no atacar a los liberales, para no comprometer el éxito de su misión.

Después del mediodía salieron de Río Frío para Puebla, donde llegaron a las primeras horas de la tarde; y Frías y Soto se dirigió en seguida al Palacio, donde fué recibido en el acto por el gobernador general Pérez, dándole cuenta del objeto de su misión.

El veterano soldado ofreció entonces cuanto recurso se necesitara; pero el comisionado sólo pidió se pusiera a su disposición la diligencia que debía salir para Huamantla, a fin de llegar a esta población rápidamente. Y reencargó, además, al gobernador, que diera en el acto orden al general Prieto para que suspendiera sus operaciones.

Al otro día, y a las primeras horas, partió la diligencia para Huamantla, llegando la comisión a este punto, a las siete de la mañana.

VIII

Tristísimo era el aspecto de la ciudad, silenciosa y desierta como si no estuviera habitada: sólo cruzaban por sus calles algunos oficiales republicanos, a pie unos, y otros a caballo y al galope, como si fueran portadores de una orden urgente. Instalados ya los comisionados en un cuarto de la casa de diligencias, conferenciaron sobre lo que debía hacerse: si dirigirse al general Carabajal directamente, o a don Miguel Cástulo Alatraste, que por su carácter de gobernador legítimo del Estado, tenía a sus órdenes todas las fuerzas republicanas que militaban en aquellos rumbos.

Esto último se convino; pero dos de los comisionados se excusaron de presentarse a Alatraste; tenía con éste Toledano algún viejo resentimiento, y el general Junguito, viejo y valetudinario, llegó tan enfermo y estropeado, que se acostó en el acto.

Frías y Soto partió solo para el Palacio municipal, donde se alojaba Alatraste; y desde aquel momento, él solo hizo todas las gestiones para mejorar la suerte de los prisioneros.

Era Alatraste un hermoso tipo del patricio republicano. Alto, fuerte, prominente el pecho y el rostro levantado, inspiraba profunda simpatía al verlo. Su frente blanquísima, despejada y extensa por una precoz calvicie, era una frente de pensador, y en sus ojos grandes, negros, de expresión dulcísima, surcaban relámpagos de entusiasmo.

Entonces, cuando Alatraste hablaba de patria y libertad, era preciso admirarlo; era ese bello tipo del jacobino pronto a dar su sangre por conquistar un principio; del jacobino que salvó la reforma, que conquistó la independencia de la nación, y que hoy desprecia los incapaces, los inútiles, los que hacen de la política un mercado y de su conciencia una mercancía.

Frías y Soto no cesaba de contemplar a aquél ilustre jurisconsulto convertido en guerrero, que más tarde había de ser un mártir asesinado por los traidores.

Luego que se enteró Alatraste del objeto de la comisión, con lealtad expuso al comisionado que era preciso no herir la susceptibilidad del no muy disciplinado guerrillero, que disponía a su antojo de los prisioneros que había capturado.

Frías y Soto, se dirigió entonces al cuartel de caballería de Carabajal, y encontró a éste en los momentos que salía.

—¿Qué deseaba usted?—preguntó con sequedad y rudeza el general guerrillero.

—Primero—contestó el comisionado—, dar a usted un abrazo y felicitarlo por sus triunfos, y después informar a usted de la anarquía que está desconcertando al Gobierno conservador en la capital, lo que apresurará el triunfo de la causa republicana.

—¿Pero usted de parte de quién viene?

—De parte del Directorio residente en México, nombrado por el señor Juárez.

—¡El Directorio! ¡Pues de mucho sirven a la República esos conspiradores platónicos, que sin peligro alguno saben apoderarse de los puestos públicos a la hora del triunfo!

—No, general; no es usted justo para apreciarlos. Usted sabe que en el monte está quien el monte quema, y esos conspiradores perseguidos y que también exponen la vida, son los que hacen la opinión y la levantan contra la dictadura imperante; los que siembran gérmenes de división entre los enemigos, debilitándolos; los que suministran importantes noticias al Gobierno de Veracruz, y los que remiten a

nuestras guerrillas parque, cápsulas y otros elementos de guerra.

— Bueno, bueno—contestó el general, más apacible ya—; no discutamos, ni continuemos hablando aquí; vamos a mi alojamiento.

El general y el comisionado recorrieron algunas calles y llegaron al fin a la casa que habitaba aquél, y que estaba enteramente vacía, y sólo se veían allí un catre de hierro con su colchón, una mesa tosca de madera blanca y algunas sillas, todo esto en la sala.

En un rincón de esta sala, acostada sobre una estera corriente y enteramente vestida, dormía una mujer. Carabajal la llamó por su nombre, y viendo que no despertaba, la movió con la punta del pie, haciéndola levantarse.

Era una joven bellísima de raza indígena, pero de líneas puras, rostro ovalado, ojos negros y hermosos, tez ligeramente morena y la boca pequeña y de labios rojos y finamente recortados.

Carabajal pidió el almuerzo, invitando al comisionado a que lo acompañase; él que aceptó, porque desde la víspera no había tomado alimento alguno.

Entonces el comisionado, después de exponer la crisis por que atravesaba el partido conservador con la destitución de Zuloaga y de manifestar cuán conveniente era no estorbar que prosperara el pronunciamiento de Robles, para nulificar a Miramón y a Márquez, ocupándolos en sus divisiones intestinas, pidió a Carabajal la libertad de los prisioneros.

Larga fué la lucha, porque al astuto guerrillero repugnaba soltar a unos enemigos de tanta importancia, como los que había aprehendido. Pero como en realidad le estorbaban para hacer las marchas rápidas que acostumbraba, y como nunca pensó fusilarlos porque no los había capturado con las armas en la mano, Carabajal consintió en que la comisión liberal los llevara a Puebla.

Frías y Soto quiso entonces llevar tan buena nueva a los presos, y Carabajal hizo que un ayudante lo llevara al cuartel donde aquéllos estaban.

Era el cuartel de infantería de Zacapoaxtla, que mandaba otro abogado, Manuel Fernando Soto.

Apenas se presentó el comisionado en el cuarto donde estaban encerrados los presos, cuando éstos lo rodearon llenos de ansiedad, y al saber que iban a quedar libres, se sintieron arrebatados de una alegría inmensa, abrazando al comisionado y expresándole de mil maneras su gratitud.

Después de dejar tranquilos a los prisioneros, subió Frías y Soto al piso superior del cuartel para hablar con el jefe Manuel Fernando Soto, con quien permaneció algún tiempo, cuando repentinamente se oyó en el cuartel general el toque de generala, y un ayudante entró a comunicar a Soto que en el acto saliera con la infantería, pues los exploradores habían

avisado que se acercaba el general reaccionario Prieto, con su división, a atacar a los liberales.

IX

Indescriptible fué el desorden que se desató en el cuartel: los soldados que tomaban el rancho, se precipitaron a coger sus armas a las cuadras; pero a poco el batallón estaba listo y en formación correcta.

Entre tanto, Carabajal, indignado, mandó pegar los troncos a las dos diligencias; metió en ellas a los presos, y, colocando los carruajes en medio de su escuadrón, al frente de su caballería, salió para el rumbo por donde venía el enemigo.

Frías y Soto solo, pues los otros dos comisionados permanecían en la casa de diligencias, se desesperaba, comprendiendo que aquella deslealtad del jefe reaccionario comprometía seriamente la vida de los prisioneros.

Entonces Soto le aconsejó acompañara las diligencias para impedir una violencia, justificada acaso, pues era indigno de parte de los reaccionarios atacar a los liberales a la vez que pedían a éstos un servicio de tanta importancia. Soto hizo más: facilitó un caballo al comisionado, y juntos partieron con las infanterías que iban a paso veloz, hasta alcanzar a Carabajal y Alatríste, que iban a la vanguardia.

Así llegaron hasta las lomas de San Pablo Apetatitla, que ocupaba la división reaccionaria. Carabajal a cintarazos había hecho descender de los carruajes a los prisioneros, haciendo levemente a Almazán en un brazo.

El general guerrillero dió orden a la escolta que si la fuerza se veía obligada a retirarse, fusilara a los presos. Estos estaban lívidos, y uno de ellos se arrastraba de rodillas a los pies de Carabajal, pidiendo le perdonase la vida.

Carabajal arrolló con su caballo a aquel hombre, y al frente de sus blusas partió al galope al encuentro del enemigo.

Más éste no se atrevió a atacar; hubo una ligera escaramuza entre las avanzadas; apenas se dispararon algunos tiros, y las fuerzas reaccionarias se retiraron violentamente, perdiéndose muy pronto por el camino de Río Frío.

A las cinco de la tarde regresó la división de Alatríste a Huamantla, y con ella las diligencias y los presos, sanos, pero perdida la esperanza de salir de su cautiverio.

Sin embargo, en la noche participó el general Carabajal que ya había dado orden de que al siguiente día quedarán en libertad los prisioneros, pudiendo marchar a Puebla en las mismas diligencias en que habían sido aprehendidos.

Y a las cuatro de la mañana salieron los tres carruajes de Huamantla, yendo en el primero los comisionados liberales, y los comisionados reaccionarios en los otros dos; pero aquel

coche llegó con anticipación de algunas horas a Puebla, por llevar tiros de remuda.

Al llegar a Puebla los comisionados liberales, tuvieron la sorpresa de escuchar repique a vuelo en todas las iglesias, y salvas de artillería. Y al ir Frías y Soto a participar al general Pérez que venían libres los que había capturado Carabajal, supo con asombro, que se celebraba en Puebla la derrota de los liberales, según parte enviado por Prieto.

El comisionado liberal, inconscientemente soltó la carcajada al escuchar tan insolente mentira, y como había sido testigo presencial, contó al gobernador Pérez, que ni batalla había habido, pues Prieto a los primeros tiros se había retirado.

Pero así se alcanzan muchos lauros militares.

Los generales Miñón y Galindo, Almazán, Peza y demás compañeros volvieron a México decepcionados, y sin querer intentar nuevas expediciones de propaganda.

El pronunciamiento de Navidad abortó, pues, en los primeros días de enero de 1859. Robles se vió obligado a entregar la Presidencia a don Mariano Salas, hasta que llegó Miramón a restablecer en el Poder a Zuloaga.

Pero en marzo del mismo año, Miramón raptó del Palacio al menguado Claudio de la reacción, y se hizo elegir Presidente de la República.

Así acabó aquella ridícula mascarada.

X

Miramón desaprobaba el pronunciamiento de México, porque Robles le defraudaba la Presidencia.

En la capital se nombró luego, una Junta; era el estribillo de todos los motines.

Se pensó en estatutos, en leyes, en todo, menos en dinero, que era lo que se necesitaba.

Todo el partido conservador, que ya había perdido las esperanzas del triunfo, se adhirió al Plan de Navidad, que tenía la loca pretensión de que todos los liberales, incluso el señor Juárez, lo aceptaran.

Juárez dió una contestación terrible, y todo el partido liberal se rió de la pretensión y siguió la guerra con más entusiasmo al ver el traspie de los reaccionarios.

Volvió a reunirse la Junta para nombrar un Presidente sustituto, y la elección recayó, como era natural, en el general Miramón.

Luego que se le notificó, ya no le pareció tan mal el pronunciamiento, pero la crema de la reacción le dijo que de todos modos tenía segura la Presidencia; que condenara aquella revolución, para no dar un mal ejemplo, y que, apareciendo como desprendido y grande no aceptando el alto

puesto, se abría mejor paso en el porvenir, que al fin todo el ejército era suyo.

Miramón tomó a lo serio su papel; dejó al tal Márquez de gobernador en Jalisco, y por la posta llegó a México.

Luego que se supo su voluntad, todos los soldados se «despronunciaron». Robles Pezuela se fué a su casa, y todos los notables y los del Consejo, gritaron: ¡Viva el Plan de Tacubaya!

Miramón fué a la Legación inglesa y sacó esa ánima contrita que se llamaba Félix Zuloaga; lo hizo vestir de general, y lo llevó a Palacio para que volviera a ocupar la Presidencia.

En el discurso de instalación le dirigieron algunas pullas, que él no contestó.

Pero lo que no tiene nombre, fué la felicitación de los mismos soldados, que lo habían derribado. Decía así el discurso del general que había dicho a sus tropas, que Zuloaga era inepto, cobarde, inservible: «Excmo. señor Presidente: Si abrimos la historia de todas las naciones, no encontramos ciertamente en sus anales ejemplo alguno de una «defección tan escandalosa» como la que hoy hace un mes lanzara a Vuestra Excelencia del Poder supremo; pero la divina Providencia ha querido que la restauración del orden y de los principios, juntamente con la persona de Vuestra Excelencia, se efectuara precisamente por el mismo general que había sido llamado a suceder a Vuestra Excelencia en la suprema magistratura.»

Lo único que le faltaba al discurso era vergüenza.

Pero, en fin, Zuloaga caía como del techo sobre la silla presidencial.

A los pocos días, con mano engarbatada, firmaba un decreto, que decía al pie de la letra:

«Es Presidente sustituto de la República el general de división don Miguel Miramón.»

Por supuesto, que al día siguiente, a las cuatro de la tarde, ya estaba de rodillas Miramón ante el Cristo del salón de Embajadores, prestando el juramento y recibiendo la Presidencia.

El discurso fué una acusación al pobre de Zuloaga, de cuyo vientre acababa de salir aquel llamado primer magistrado de la República.

Pero Zuloaga, no dándose por entendido de nada, gritó: ¡Viva el Presidente sustituto de la República! Y vestido de general se fué a su casa a vivir en familia, arrepentido, tal vez, de haber traicionado al general Comonfort, a cuyo lado hubiera hecho su porvenir.

Robles Pezuela y Salas quedaron como los huerfanitos de de la situación, aceptando Miramón toda la responsabilidad de la situación.

Lo primero que hizo el nuevo Presidente fué una función